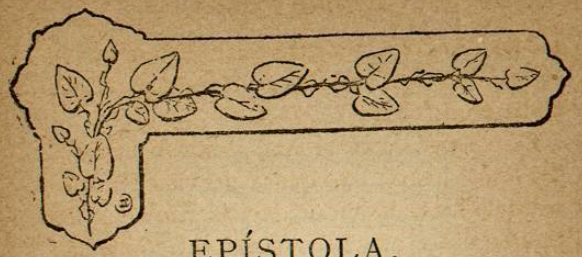
menos tocado del amor irresistible á lo infinito que embargaba al ilustre alemán que acaba de bajar al sepulcro.

Covadonga lo recordará, y serían ingratos sus hijos si entre las lápidas que visten las paredes de los claustros del Monasterio no se leyera en una el nombre del extranjero alemán hijo adoptivo de aquellas montañas, arqueólogo, dibujante, arquitecto, bibliófilo, literato, botánico, médico, que reconcentró todo su amor en aquellos lugares donde solía vivir constantemente y á donde quiso volver pocos días antes de su muerte, como si misterioso aviso le indicase su próximo fin, y como si quisiera que sus huesos reposaran á la vista de aquellas agujas de piedra que tantas veces conquistó con la firmeza y la tenacidad de su lápiz y de su planta, á la sombra del venerable santuario que tuvo durante cerca de medio siglo en él uno de sus más devotos admiradores y fervientes panegiristas.



EPÍSTOLA.

Sr. D. Carlos de Haes.

Mi querido compañero de... fatigas: Como sé, bien á mi costa ciertamente, lo flaco que es usted de memoria, me voy á permitir recordarle, por vía de prefacio, al asunto que motiva esta epístola, una de aquellas entrecortadas y deliciosísimas conversaciones que sobre el agudo pico de una tajada roca á cuyos pies venía á estrellarse soberbia ó á morir silenciosa la ola de azul y plata del embravecido mar Cantábrico, solíamos entablar, cuando con el pincel en una mano y la paleta en la otra inmortalizaba usted sin esfuerzo una de aquellas tablas que, á semejanza de tantos hombres en la tierra, ajena por completo á las veleidades del destino, formaba poco antes humilde, la más humilde tapadera de los aromáticos habanos que, pendientes á la sazón de nuestros labios, se deshacían con mis ilusiones en un poco de humo que en azuladas espirales se

remontaba al cielo, y en un poco de ceniza que fría y apagada caía sobre la tierra.

Lo recuerdo perfectamente: era una tarde. El sol, dorando con sus reflejos las orlas de las nubes, se sumergía á lo lejos en el mar tiñendo el horizonte de púrpura. La luna, ganosa de gozar de los esplendores del crepúsculo, asomaba curiosa su faz pálida por sobre la cima de las montañas; y una estrella, de esas que brillan más ó menos en el fondo de todos los cielos, como la esperanza brilla siempre en el fondo de todos los corazones, se destacaba en el fondo azul del espacio como un punto perdido en la inmensidad. ¡Toque soberbio del gran artista de los mundos que nos hablaba de infinito! El mar estaba como inquieto, no bramaba imponente como en sus días de tormenta, pero tampoco estaba en calma. Dormía, pero no con ese dormir tranquilo que le asemeja á un lago sin orillas, sino con ese dormir agitado que revela inquietud, como si su sueño estuviese cargado de pesadillas y congojas. ¡Cuántos corazones he conocido yo cubiertos de esa aparente calma á los ojos del vulgo, debajo de cuyas engañosas apariencias pugnaba y rugía la pasión oprimida por la mano de hierro de una voluntad firme!

Pero dejémonos de comparaciones. Lo cierto es que el mar presentía la tempestad: nubes

obscuras asomaban á lo lejos en fantásticos grupos, y las aves marinas, rozando la cresta de las olas y arrojando su grito ronco en el espacio, acudían á guarecerse sobre las rocas, donde como presas de anonadamiento y de modorra, permanecían inmóviles.

Usted daba los últimos brochazos á su estudio, y yo, cerrando el libro que para leer tenía en la mano, le dije como sintetizando nuestra conversación: «Amigo mío, todo es inútil; lo bello no puede seguir suerte diversa que lo verdadero y lo bueno. Lo bueno yace perseguido; lo verdadero desconocido; y lo bello, lo que es peor, falsificado. Los artistas como usted han nacido en mala época. Tienen un público que los compra, pero que no los comprende, y á poco que se dejen guiar por las insinuaciones del público, perderán el camino y se extraviarán. El mundo ha perdido el gusto de lo bello y lo ha reemplazado por el gusto de lo bonito, por un *bonito* que es la belleza de lo feo. Los inteligentes admiran y hacen justicia á la manera, al procedimiento, al medio, á lo que constituye *le metier;* pero esto, aunque es parte del arte, no es el arte. El arte tiene más alto fin, misión más grande y elevada, esfera más excelsa, y aunque el genio, por excepción, la alcance, el mundo, que ha perdido el gusto, se encargará de hacerle bajar de cabeza, atro-

nándole con sus silbidos, agarrándose á su paleta ó haciendo sonar en sus famélicos oídos el metálico son del precio de su gloria. El artista, en toda la noble extensión de esta palabra, si quiere merecer plenamente este nombre de las generaciones venideras, tiene que resignarse á vivir solo, á estudiar consigo mismo y á pintar para sí y para la posteridad que le hará justicia.»

Usted meneaba la cabeza con esa sorna belgo-andaluza que usted tiene, y me respondía: «Usted exagera, usted exagera,» es decir, «usted tiene razón, usted tiene razón, pero qué vamos á hacerle.»

Yo, persuadido de que le había convencido á usted teóricamente, me callé esperando el día en que pudiese convencerle á usted prácticamente, diciéndole con ademán trágico, propio de la máscara y el coturno: «¡Mira!»

Ese día ha llegado.

Sin más máscara que la que el sol y el viento de mis queridas montañas ha puesto sobre mi rostro, y sin más coturno que mis botas de becerro, me levanto hoy, no menos victorioso por esto, y le digo á usted: «Mi señor D. Carlos, hágame usted el obsequio de mirar... *eso*,» y le señalo á usted al mismo tiempo el *molino de viento*, que á espaldas de la estatua de Cervantes y en el mismísimo jardinillo de la plazuela de las Cortes, tiende sus aspas escuálidas y raquíticas, ávidas de recoger un poco de aire, aunque sea el que con sus burlones labios debió de hacer la musa que sopló cual numen artístico al «artista del siglo XIX, que concibió, ideó y llevó á cabo tan gigante empresa.»

Ya le estoy oyendo á usted decir: «Qué atrocidad, qué...—... lo que usted quiera.—Si parece una garita.—No; parece un remate de un plato de dulce.—Mejor: ese es un molino arrancado de un nacimiento; no se van á reir poco los críticos y todo el mundo; no van á armarla mala los periódicos; anda, y tiene dos letreros en negro que plagian frases de Cervantes. A ver, á ver qué dicen.

«Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briarco, me lo habéis de pagar.»

Caramba, eso debe decirlo por el Municipio.

Y por el lado de las Cortes:

«Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.»

Calla, y la veleta representa á D. Quijote en son de alancear al Congreso. ¿Si será una alusión política? ¡Pobre Cervantes! ¡Pobre arte!» Y se reirá usted de veras.

Pero yo, amigo mío, irguiéndome con toda la altura de mi triunfo, le replicaré á usted: «Nada de eso, amiguito, nada de eso; ese... *molino*, que más bien parece un *molinillo*, ha sido ideado por

un artista; su plan ha sido sometido á una ó á varias corporaciones de gente ilustrada; el Gobierno ó el Municipio ha debido aprobarlo, y la gente que baja á oir los conciertos de Monasterio y á ver la Exposición de pinturas permanente y que sube á escuchar los cuartetos del Conservatorio, lo ha visto, lo ve y... no lo ha arrancado. Los periódicos no dicen nada, y el *molino*, hundido sobre el asfalto con su collar de *piedrecitas*, sus *grietas*, su *monterita*, sus *letreritos*, y sobre todo, con sus *aspitas* (por pudor no mentamos la *veleta*), levanta, qué digo levanta, baja su cabeza indicando el nivel del gusto artístico de lo bello, en la noble capital de España en el último tercio del siglo XIX.»

Y entonces, si usted fuera capaz de llorar, una lágrima surcaría su mejilla de usted; pero no hay cuidado.

En lugar de llorar se encoge usted de hombros, y se va usted á su estudio á desquitarse con la contemplación de las obras de Dios, de la mala impresión que le han producido á usted ciertas obras del hombre.

Esto hizo usted el otro día.

Yo, distraído como siempre, como siempre en Babia, me quedé allí apoyado sobre la barandilla abismado en mis reflexiones, y elaborando la escala de mis pensamientos que, como la de Jacob, corre de la tierra al cielo,

por más que no sean sólo ángeles los que suban por ella. La noche, esa noche sin encantos de las poblaciones, esa noche de gas, de polvo y de pulmonías que constituye las noches de Madrid, se vino encima; una soledad y un silencio completos reinaban en la plazuela de las Cortes, clara señal de que estaban cerradas. De pronto creí oir un ruido vago, levanté los ojos y vi ¡oh asombro! á Cervantes que descendía de su pedestal. Un sudor frío heló mi cuerpo; se me erizaron los cabellos; quise huir y no pude; la mano del destino me había clavado los pies al pavimento para obligarme á ser testigo de una escena sublime. Cervantes se encontró en el suelo del jardín; miró al Congreso y no dijo nada; miró al molino y le pareció lo mismo que el Congreso; después se dirigió á los bajo-relieves que ornan el pedestal de su estatua, y dijo:

—¡Oh, tú, ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, caballero de la triste figura, y tú, insigne Sancho Panza, flor y nata de los escuderos, acorredme, ensillad al rocinante y al rucio y venid en mi ayuda. Una injuria mortal se me infiere por algún malaventurado follón y malandrín, que de todo debe tener menos de encantador; á vosotros, pues, á quienes hice inmortales, á vosotros toca mi desagravio y mi defensa!

Apenas pronunciadas estas palabras, Don Quijote y Sancho, obedientes al llamamiento de su señor, acudieron, y D. Quijote, calándose la celada y enristrando la poderosa lanza, iba ya á acometer, sin saber á quién, á todo el galope de su brioso rocinante, cuando Sancho, poniendo la mano delante de los ojos, le dijo con voz tranquila y sosegada:

—Mire vuesa merced, señor D. Quijote, que este mi señor D. Cervantes debe de haber perdido el juicio con tantas y tan diversas voces como de esa venta (y señaló al Congreso) han salido en estos últimos tiempos, pues aquí no se ven gigantes, y no tengamos aquí otra, bien que al revés, como la de los molinos de viento, pues aquello que allí se ve (dijo señalando al molino), no es gigante, ni siquiera enano, de aquéllos que vuesa merced veía sobre las puertas de los castillos, sino una de esas invenciones que llaman columnas... *mingitorias*, ó cosa así por el estilo.—Y dicho esto, apeándose del rucio con desusada presteza, y llevando rápidamente la mano á sus descomunales bragas, dijo volviéndose á D. Quijote:

—¡Ah, señor mío! ¡que no hubiera habido estas invenciones cuando la aventura de los batanes, y no hubiera olido vuesa merced aquello que «olía y no á ámbar,» como vuesa merced me dijo!—Y echando á correr hacia

adelante, se encaminó al molino, y.....

.....

—Caballero, que se va usted á helar, me dijo despertándome el guarda de los jardinillos, á eso de las cuatro de la mañana.

—Gracias, buen hombre, le respondí; mucho se madruga.

—No tal, me contestó; sino que oí ruido y me levanté á ver lo que era.

—¿Y qué era? le pregunté.

—Nada; algún ocioso que ha tenido la broma de ir á plantar coles á mi puerta, me dijo, señalándome la del molino.

—Algún perro, dije yo por decir algo.

—Cá, no señor, me dijo satisfecho el guarda. Perros, antes era una maldición; pero desde que se ha puesto el *molinillo*, ni uno parece por la plazuela.

—¡Ah, ya caigo! me dije yo entonces: lo que yo creía un monumento artístico levantado por el genio español á la gloria de Cervantes es un *espanta perros*.

Y entonces me acordé de usted y me dije: Haes, estás vencido; lo que espanta á los perros en este siglo, ya no espanta á los hombres. ¡He aquí el progreso!

De usted admirador y amigo,

ALEJANDRO PIDAL Y MON.